

IV

Como su predecesor, así también Gregorio XIII se ocupó en el difícil asunto de la regulación del Tíber (1). Una reforma de la milicia en los Estados pontificios fué asimismo objeto de deliberación (2).

Son notables los conatos del Papa para mejorar los puertos de Fiumicino, Civitavecchia y Ancona. En Fiumicino la ejecución tropezó con insuperables obstáculos. En Civitavecchia, que cada día más iba siendo el puerto principal de los Estados pontificios, tuvo buen resultado (3). Los esfuerzos por formar un gran puerto

(1) Después de una inundación del Tíber en abril de 1575 que ocasionó perjuicios especialmente en el castillo de San Angel (v. la *relación de Odescalchi, de 23 de abril de 1575, *Archivo Gonzaga de Mantua*), fué instituida en 27 de abril una Congregación de cardenales para deliberar sobre el remedio que se podría poner mediante una corrección del río; v. Santori, *Diario consist.* XXIV, 260, Beltrami, Roma, 8, la *carta de Odescalchi, de 30 de abril de 1575, loco cit., y el *Discorso di Luca Peto intorno alla cagione d. eccessiva inondatione del Tevere et modo in parte di soccorrervi*, Roma, 1573, ya muy raro, dedicado a Gregorio XIII, que se halla en *Instr. Misc.*, 4586 del *Archivo secreto pontificio*.

(2) Varios proyectos de Posevino sobre la fundación de un seminario militar pueden verse en el Cód. D. 5 del *Archivo Boncompagni de Roma*. El Cód. Capponi, XXV, 137 s., contiene *Avvertimenti per correggere gli abusi della christiana milizia. Dat. Roma del mese di Maggio 1574, *Biblioteca nacional de Florencia*. Un *Discorso sopra la militia del stato eccles^{co} et la forma di ridurla simile all'antica Romana fatto l'a^o 1582, se halla en Urb., 852, página 200 s., *Biblioteca Vatic.* El Cód. F. 59 del *Archivo Boncompagni de Roma* contiene entre otras cosas una *Istruzione per la milizia a piede scritta in tempo di Gregorio XIII e *Istruzioni militari a Giacomo Boncompagni, generale di S. Chiesa dell'a^o 1574. *Ibid.* Cód. D. 5: Giulio Franchini, *Memorie per il ristabilimento delle milizie nello stato eccles^{co} nel pontificato di Gregorio XIII. Sobre la milicia en tiempo de Gregorio XIII cf. las Fuentes e investigaciones del *Inst. Prusiano*, VI, 97.

(3) Para la corrección del pasaje de Maffei, I, 376, que puede dar lugar a una mala inteligencia, cf. Karttunen, Grégoire XIII, p. 84. C. Capilupi *refiere el 14 de febrero de 1573, que el Papa irá a Civitavecchia, per vedere quel porto il quale alcuni ingegneri offeriscono di voler con mediocre spesa nettare et rendere sicuro a naviganti di naviglie grosse. En 21 de febrero *narra Capilupi un viaje del Papa a Civitavecchia, emprendido a pesar del mal tiempo; añade que se esperaba que el puerto atraería a sí todo el comercio del Poniente con Italia, con lo cual Roma ganaría mucho y la Cámara Apostólica percibiría anualmente 100000 escudos. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también *Cod. D. 9 del *Archivo Boncompagni de Roma*. *N. S^{re} è stato a Porto per vedere il porto antico di Claudio et dare ordine che si rinovi secundo

en Ancona tuvieron al mismo tiempo por motivo determinante el respecto a la guerra contra los turcos. Gregorio XIII empleó sumas considerables en los trabajos de este puerto (1), pero no vió su terminación. En Civitavecchia (2) y en Ancona (3) fueron también reforzadas las obras de fortificación. Una torre edificada para el aseguramiento de la costa de junto a Terracina, muestra las armas y el nombre del Papa con la fecha de 1584 (4). Para unir a Loreto con Roma Gregorio XIII, que hizo abundantes donativos a este lugar de peregrinaciones (5), abrió la Vía Boncompagni,

alcuni disegni dati a S. S^{ta}. Odescalchi en 2 de marzo de 1577, con la duda de que hubiese dinero para ello. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. además Karttunen, loco cit.

(1) V. los *libros de cuentas de la Cámara Apost. de 1572-1585, *Archivo público de Roma*. Además de Maffei, I, 376, cf. Karttunen, loco cit., 84 s. Sobre el fomento del comercio por medio del mejoramiento del puerto de Ancona v. Maffei, II, 73.

(2) V. Guglielmotti, *Fortificazioni*, 310 s. Gregorio XIII visitó repetidas veces a Civitavecchia a principios de 1573 para su distracción y recreo et per veder in che termine si ritrova la fortezza (*relación de Cusano, de 23 de enero de 1573, *Archivo público de Viena*). Un *Avviso di Roma de 20 de noviembre de 1574 notifica la asignación de 12000 escudos para la fortificación de Civitavecchia, y *otro de 18 de diciembre de 1574 el encargo de estos trabajos a M. A. Colonna. Urb., 1044, p. 295, 319, *Biblioteca Vatic.* En una visita a Civitavecchia en enero de 1577 fueron ordenadas más fortificaciones; v. el *Avviso di Roma de 19 de enero de 1577, Urb., 1045, p. 227, loco cit. Cf. también Calisse, 428 s., y *Avvertimenti per la fortificazione di Civitavecchia dati nel pontificato di Gregorio XIII en el Cód. D. 5 del *Archivo Boncompagni de Roma*.

(3) Cusano *notifica el 6 de noviembre de 1574: Ancona es fortificada contra los turcos, se abren pozos de agua para beber, y se levantan molinos de viento, per esser il luogo importantissimo. *Archivo público de Viena*. Numerosos *pagos de los años 1573-1576 pueden verse en el *Vatic.* 6697, *Biblioteca Vatic.* Cf. además los núms. 52-54 del apéndice del vol. XIX, y Ravioli, *Notizie sui lavori di architettura militare colla relazione fatta nel 1575 sulle fortificazioni di Ancona*, Roma, 1870-71. Sobre la *relación de Honorato Gaetani, existente en el *Archivo Boncompagni de Roma*, cf. los núms. 17-21 del apéndice. El mismo Archivo contiene en el Cód. F. 39 un *Parere sulla fortificazione di Castel Franco, fortezza della legazione di Bologna, y un segundo *Parere contra esta fortificación como dañosa al Estado de la Iglesia. El Papa escribió en este código una observación de su propio puño. El escudo de Gregorio XIII en la ciudadela de Nettuno, que todavía se conserva, indica sin duda una restauración que allí se hizo.

(4) V. Guglielmotti, *Fortificazioni*, 448.

(5) Un *Avviso di Roma de 26 de noviembre de 1583 notifica: Dicesi che il Papa faccia fare tutti gli ornamenti che vanno per fornir una cappella d'argento per offerirli di sua propia mano all'altare della s. Casa di Loreto. Urb., 1051, pág. 493, *Biblioteca Vatic.* Cf. el *Avviso di Roma de 4 de abril de 1584, *ibid.*, 1052, p. 118. V. también abajo, p. 493.

como llaman los escritos de memorias a este nuevo camino de comunicación, el cual era tanto más necesario, cuanto que las visitas al santuario de Loreto habían tomado grande aumento desde el nuevo despertar de la vida religiosa. Los contemporáneos hablan con justa admiración de esta carretera, que conducía por las montañas, y ensalzan singularmente la solidez de los hermosos puentes de piedra que fueron construídos por orden del Papa. Este hizo fabricar asimismo nuevos puentes en Acquapendente y Forlí (1). Con el nombre de Gregorio XIII está finalmente enlazada también la reforma de los estatutos municipales de Roma (2). Lo que hizo para el embellecimiento y las construcciones de su residencia exige tanto más una consideración detenida, cuanto que este aspecto de su pontificado ha caído en un inmerecido olvido por la brillante gloria de su sucesor, que forma época.

Por una feliz suerte se ha conservado una descripción de la Roma de Gregorio XIII que ilustra ingeniosamente el estado de la Ciudad Eterna antes que Sixto V le imprimiese el sello de su espíritu prepotente. El autor es nada menos que el filósofo francés Miguel de Montaigne. Los párrafos que dedica a la ciudad de Roma en el diario de su viaje a Italia, emprendido de 1580 a 1581, de extraordinario valor para la historia de la civilización, gozan justamente de celebridad, a pesar de no ser ellos más que un bosquejo (3).

(1) V. Ciaconio, IV, 21; Montaigne, I, 209, II, 64 s., 67, 69 s., 75; Itinerario de G. Ernstinger (Bibl. de la Soc. Literaria de Stuttgart, 135), Tubinga, 1877, 84; Karttunen, Grégoire XIII, p. 86; Orbaan, Documenti sul Barocco in Roma, Roma, 1920, 400. Del cuidado que tenía el Papa de la carretera de Loreto, da cuenta un *Avviso di Roma de 23 de octubre de 1577, Urb., 1045, página 635^b, *Biblioteca Vatic.*

(2) Statuta almae Urbis Romae auctoritate Gregorii P. XIII a Senatu Populoque Rom. reformata et edita, Roma, 1580. Cf. Brosch, I, 265; La Mantia, Storia delle legislaz. Ital., I, Roma, 1884, 198 s., y principalmente Rodocanachi, Institutions, 284 s., 286 s. Sobre la parte personal que tuvo en ellos Gregorio XIII, cf. Santori, Autobiografía, XII, 36. Respecto de las determinaciones de los estatutos, sobre el valor de la moneda v. Garampi, Sul valore, 310 s. Un *Avviso di Roma de 10 de junio de 1581 notifica como principio de una reforma monetaria la prohibición de los quatrini extranjeros. Urb., 1049, página 211, *Biblioteca Vatic.* Ibid., 1044, p. 201^b, hay un *Avviso di Roma de 21 de agosto de 1574 sobre la confiscación de quatrini sciambati por los alguaciles. Cf. ahora también Martinori, 36.

(3) El Journal de voyage de Montaigne, no destinado originariamente a la publicación, lo imprimió de Querlón en 1774. Ya en 1777 se hizo de él una traducción alemana, la cual con todo es tan inexacta como la edición ori-

Montaigne pertenece al número de aquellos viajeros (1) que de tal manera se habían asimilado la formación clásica, que en la ciudad del Tíber se iban ante todo tras los restos y recuerdos de la antigüedad. El desengaño del francés fué ciertamente grande, pues de la antigua Roma sólo halló, como dice, el sepulcro. Tan exageradas habían sido sus esperanzas. En realidad de los antiguos edificios, principalmente de las termas de Diocleciano y Constantino, se conservaba entonces todavía mucho, que más tarde fué destruído. Esto se ve claramente por las publicaciones de otro francés, el hábil dibujante y grabador Esteban du Pérac.

Este había ido temprano a Roma y se había dedicado diligentemente al estudio de las antigüedades romanas. Fruto de ello fué una serie de muy importantes publicaciones. Su plano de la Roma antigua, editado en 1574 y dedicado a Carlos IX de Francia, es un intento de reconstrucción emprendido con gran fantasía, conforme al trabajo de Pirro Ligorio, publicado en 1565. Mucho más valiosas son sus perspectivas de los edificios de la Roma antigua, sacadas a luz el año siguiente y dedicadas a Jacobo Boncompagni. A esto siguió su obra más importante, el gran plano en perspec-

ginal francesa. Una buena edición crítica dispuso Lautrey (París, 1906). Una edición italiana con copiosas notas explicativas efectuó A. d'Ancona con el título: L'Italia alla fine del sec. xvi, 2. ediz., Città di Castello, 1895. Cf. además Dumesnil, Voyageurs français en Italie, París, 1865, 17 s.; Reumont, III, 2, 792 s. Historia de Toscana, I, 611; Friedländer en la Deutschen Rundschau, 1876, 237 s.; Rev. crit., 1889, 386 s.; J. Fraikin en la Revista Cosmos, II (1900); Bourilly en la Rev. d'hist. mod., VIII (1907); Le Correspondant, 280 (1920), 708 s. G. Vallette, Reflets de Rome. Rome vue par les écrivains de Montaigne à Goethe, París, 1909; Rodocanachi, Les voyageurs français à Rome en Studi storici, XIX, 1 (1910), 5 s.; D'Ancona, Viaggiatori e avventurieri: Montaigne, etc., Florencia, 1911; Schindeler en las revistas Baviera 1907-08, 352 s., y La Cultura, XIII, Viena, 1912, 146, s. De la *descripción de un viaje, de otro francés que fué a Roma en el otoño de 1576, Nicolás Audebert, de Orleans, conservada en el Fonds Landsdowne, 720, del Museo Británico de Londres, ha comunicado Müntz (Antiquités de Rome, París, 1886, 72-128) la descripción de los muros de Roma. Otras publicaciones sacadas de esta obra serían muy útiles. Cf. Nolhac en la Rev. archéol., III, 10 (1887), 315 s.

(1) Montaigne llegó a Roma el 30 de noviembre de 1580 y permaneció allí hasta el 19 de abril de 1581, para emprender luego una peregrinación a Loreto. El 1.º de octubre de 1581, volvió a Roma, pero como entre tanto había sido elegido alcalde de Burdeos, hubo de partirse ya el 15 para su país. La primera posada de Montaigne fué el Albergo dell'Orso; v. Rev. crit., 1883, II, 459 s.; cf. el grabado de esta casa de huéspedes, todavía existente, en Pastor, Roma, 33. Otra posada muy frecuentada era entonces la de la «Espada»; v. S. Kiechel, Viajes (Bibl. de la Sociedad Literaria de Stuttgart, 86), Tubinga, 1866, 165.

tiva de toda la Ciudad Eterna (1), por el cual hizo competencia a Mario Kartaro, natural de Viterbo (2). Una sola rápida ojeada a este plano estampado en 1577 por Antonio Lafreri (Lafréry), principalmente a los complicados grupos de edificios alrededor de la iglesia de San Pedro, muestra la importancia del grabado, que si se estudia detenidamente, vese ser el plano más exacto y circunstanciado de todo el siglo XVI. Las casas, palacios e iglesias no están aquí representados de un modo esquemático, sino con grandísima exactitud, y por decirlo así, con plástica individualidad. Tan característico, exacto y verdadero no hay otro plano alguno de aquel tiempo, no sólo en las grandes líneas principales, sino también en todos los pormenores. Su valor se aumenta aún por la circunstancia de que se hizo en 1577, por tanto antes de las grandes transformaciones llevadas al cabo por Sixto V, que tantas cosas destruyeron. Por consiguiente en el plano de du Pérac Lafréry tenemos un diseño de la Ciudad Eterna en su época más brillante, el cual junto con el conocido plano de Bufalini de 1551, hace posible una reconstrucción exacta de la Roma del Renacimiento, pues du Pérac quiso con su trabajo poner ante los ojos, no la Roma antigua, sino la nueva. Con la ayuda de sus datos la topografía de la ciudad se puede completar de una manera muy eminente; algunas iglesias, cuya situación no podían determinar algunos investigadores modernos en sus obras especiales sobre los templos romanos, puédense fijar sin dificultad por medio de este plano.

El entusiasmo de Montaigne por las ruinas de la época romana era tan grande, que compara los edificios de la «Roma bastarda» nueva pegados a los antiguos monumentos con los nidos de grajos y gorriones en las bóvedas y paredes de las iglesias destruidas por los hugonotes franceses. Como otros observadores, también él estaba asombrado de que dos tercios enteros del terreno encerrado por los muros aurelianos de la ciudad estuvieran sin edificar. Juzgaba que todo el conjunto por su extensión era tan grande, como París con todos sus suburbios; pero que del

(1) V. Ehrle, Roma primo di Sisto V. La pianta di Roma Du Pérac-Lafréry del 1577, Roma, 1908; cf. también Bártoli, Cento vedute di Roma antica, Florencia, 1911; Hülsen, Saggio d. lett. d. piante di Roma, Roma, 1915, 60 s., 66 s.; Gött. Gel. Anz., 1921, núm. 1; Collect. L. Olschi oblata (1921), 121 ss. V. ahora también Ashby, Topographical Study in Rome in 1581. A series of views with a fragmentary text by Et. du Pérac, edit. by T. A., Londres, 1916.

(2) Cf. Arch. Rom., XXI, 535 s.

número de sus casas no presentaba Roma todavía un tercio; y en cambio sobrepujaba a la capital francesa grandemente por el número y grandeza de sus plazas y la hermosura de sus edificios.

En el Vaticano ejerció sobre Montaigne la mayor fuerza de atracción la biblioteca, cuyas preciosidades examinó atentamente y describe muy por menudo. No menos le interesaron las antigüedades del Belvedere, de las cuales menciona el Laoconte y Antinoo, y en el Capitolio la loba de bronce y el muchacho que se saca la espina. Entre las obras de escultura moderna hace resaltar el Moisés de Miguel Angel y la estatua de la Justicia que se halla en el sepulcro de Paulo III en San Pedro, de Guillermo della Porta. También visitó algunas colecciones privadas, como la de la casa Fusconi y la del palacio Cesarini, donde le atrajeron, a pesar de las antigüedades, los retratos de las más hermosas romanas allí expuestos.

Es extraño el juicio desfavorable de Montaigne sobre las iglesias de Roma, que le parecieron ¡menos hermosas que las de la mayor parte de las ciudades de Italia! En general, dice, los templos de los italianos y de los alemanes no se pueden comparar con los de los franceses. Montaigne echa menos en las iglesias romanas sobre todo imágenes. Esto se entiende más presto, si se recuerda que la mayor parte de los cuadros, estatuas y relieves que hoy se ven en tan grande abundancia, deben su origen al siglo XVII. Sólo entonces la Iglesia otra vez renovada y triunfante de sus adversarios, se rodeó de todo el esplendor del arte barroco. Además se ha de considerar que la nueva iglesia de San Pedro no estaba aún terminada. Montaigne menciona allí sólo los trofeos expuestos de las luchas contra los hugonotes y la nueva capilla Gregoriana. Como calla la magnificencia de las basílicas antiguas, así también los maravillosos frescos de la Sixtina y de las Estancias. En cambio menciona ¡las pinturas modernas de la Sala Regia! Por lo demás él mismo confiesa que no tuvo tiempo para ahondar más en las maravillas de Roma, y que sólo visitó lo exterior de la ciudad, cual se ofrecía al común de los viajeros. Que nunca le había faltado ocupación, y no había ido a Roma para profundizar demasiado, ni para ver cosas tristes, ni en casa ni fuera de ella. «La permanencia es atractiva, dice; juzgad ahora cómo me hubiese agrado Roma, si hubiera ahondado más en las cosas que ofrece.»

Montaigne dedica una consideración detenida, fuera de las antigüedades, sobre todo a las viñas y villas, cuyas bellezas no podían escapar a este varón dotado de un vivo gusto de la naturaleza. Declara que allí había conocido las ventajas que el arte puede sacar de un terreno desigual y quebrado. «Sabén, dice, utilizar de la manera más ingeniosa esta diversidad de configuración del terreno, y lograr con ella atractivos que no se pueden obtener en nuestras comarcas llanas.» Como los más hermosos jardines menciona los de los cardenales Este en el Quirinal, Farnesio en el Palatino, Orsini, Sforza y Médicis, los jardines de la villa de Julio III y de la villa Madama, finalmente la villa del cardenal Riario en el Trastévere y la del cardenal Cesi ante la Puerta del Pueblo (1). Todas estas magníficas quintas estaban abiertas para todo el mundo, cuando sus dueños no residían allí.

Incomparablemente mayor inteligencia que para las obras de arte poseía Montaigne, atento observador de las cosas humanas, para la vida y costumbres de Roma. En esto no se le escapa ningún rasgo característico. Con abigarrada variedad da noticia de los sermones y disputas, de exorcismos, ejecuciones bárbaras, del carnaval y de las cortesanas, que los Papas procuraban inútilmente extirpar de aquella gran capital. Visitó a algunas de las más célebres de estas representantes del mundo de las rameras, que se hacían pagar su conversación tan caro como sus favores. Juzgaba Montaigne, que algunas de ellas habían sido de grande hermosura; pero que la hermosura de las demás romanas era menor que su fama.

Cuán poco habían cambiado los romanos, lo muestra la observación de Montaigne, de que su principal deleite consistía en vagar por las calles y mirar a las damas que se asomaban a las ventanas. Había algunas calles especialmente dedicadas a estos

(1) Sobre las villas y viñas de Roma se hablará seguidamente más adelante al tratar de Paulo V. Los jardines vaticanos del tiempo de Gregorio XIII los describe el itinerario de G. Ernstinger de esta manera: «Junto a este palacio hay unos jardines magníficos, embellecidos con mucha diversidad de árboles, con plantas exóticas, estanques y artificios hidráulicos, entre los cuales hay un órgano de cuatro registros, impelido sólo por el agua; el suelo de junto a este órgano está lleno de pequeños tubos, los cuales (los que se quiera) arrojan toda el agua a lo alto, como también las estatuas que están alrededor formando círculos, agua que es conducida a este lugar desde una distancia de 20 millas italianas. Hay allí también un espeso soto de laureles.» Bibl. de la Sociedad Lit. de Stuttgart, 135, Tubinga, 1877, 97.

paseos. Todas las personas de calidad sólo se servían de coches, algunos de los cuales tenían arriba aberturas para poder mirar a lo alto más cómodamente, por lo cual un predicador los había comparado con astrolabios.

Montaigne como hombre de mundo nota con minuciosidad la diferencia entre la cocina francesa y la romana. El clima de la Ciudad Eterna lo ensalza como no menos apacible que sano. A la verdad hace también mención de las fiebres, contra las cuales la gente hacendada procuraba defenderse mudando de vivienda en los diversos tiempos del año, conforme a los consejos de los médicos. Naturalmente le agradaba poco el defectuoso estado de seguridad.

La religiosidad del pueblo romano, a excepción de las clases elevadas y de la sociedad cortesana, pareció a Montaigne menor que la de los franceses. Ciertamente está en contradicción con esto lo que refiere en su circunstanciada descripción de la Semana Santa. Dice que al mostrarse el sudario de la Verónica y otras grandes reliquias en San Pedro el jueves santo, la muchedumbre del pueblo se había puesto de rodillas, clamando misericordia, los más con lágrimas en sus ojos. «Cada vez que se enseñaban estos sagrados objetos, lo cual se hacía diariamente varias veces con ciertos intervalos, cuenta Montaigne, la iglesia y el atrio estaban llenos de una muchedumbre densamente apiñada de hombres y mujeres. Es hermoso contemplar en tales días el fervor religioso de tanta gente. Hay más de cien hermandades, a las cuales pertenecen casi todas las personas de calidad; algunas están también destinadas para los extranjeros. Especialmente en la cuaresma tienen estas hermandades sus prácticas religiosas; el jueves santo van por las calles en procesión con sobrevestas de lino, cada una de diverso color, las más veces velado el rostro. Nunca vi nada tan noble y hermoso como la increíble multitud del pueblo que el jueves santo asistía a las ceremonias. Después que ya durante el día había ido a San Pedro gran número de gente, al extenderse la oscuridad de la noche toda la ciudad parecía arder en llamas, pues todos los miembros de las hermandades se iban a San Pedro, cada cual con un hacha encendida en la mano. Por lo menos doce mil de estas luces pasaron por delante mí; desde las ocho hasta medianoche la calle estuvo siempre llena, y reinó a pesar de esto el mejor orden. Pues aunque las numerosas hermandades salían de diversos lugares, no se advertían claros ni confusión. Cada

grupo tenía un coro de músicos y todos cantaban. Entre las filas iba una multitud de penitentes que se azotaban con cuerdas. Conté por lo menos quinientos con la espalda ensangrentada. Debían de padecer mucho; con todo no se echaba de ver ni por la actitud y el paso, ni por los gestos de aquellos que llevaban la cara descubierta; entre ellos muchos jóvenes y hasta niños de doce años.» (1)

La impresión total que hizo Roma en él, la describe Montaigne de esta manera: «Aquí lo es todo la corte y la nobleza, en todas partes palacios y jardines. No hay calle ninguna dedicada al tráfico del comercio que se pueda comparar ni siquiera con las de nuestras ciudades menores; ninguna Rue de la Harpe o de St.-Denis. Creía estar siempre en la Rue de Seine o en el Quai des Augustins. Los domingos y días de entre semana la calle ofrece un mismo aspecto. Durante la cuaresma, en que se celebra diariamente en las iglesias la solemnidad de las estaciones, no se ven más que coches, prelados y damas. Una preeminencia principal de Roma consiste en que es la ciudad más cosmopolita del mundo. Las diversidades nacionales tienen poco o ningún valor; la sociedad está en todas sus partes compuesta de extranjeros de todas clases; cada cual se halla allí como en su casa. El rey de Roma abarca toda la cristiandad y da leyes a todos. En su corte no importa la alcurnia. La libertad de la policía y los intereses comerciales atraen a Venecia una multitud de extranjeros, pero están allí en casa ajena; aquí están en la propia, pues ocupan cargos y dignidades. Venecia tiene tanta o más afluencia de extranjeros, pero domiciliados muchos menos. El pueblo romano no extraña trajes franceses, españoles o alemanes, y algunos pobres nos piden una limosna en nuestra lengua.»

Venecia y París, que en aquel tiempo eran generalmente consideradas como grandes metrópolis, quedaban realmente oscurecidas por Roma en este respecto; Roma era la ciudad internacional en el más alto sentido, la patria común de todos.

V

Aunque Gregorio XIII, que ante todo era jurista por el curso de su formación, no poseía honda inteligencia de las artes, no obs-

(1) La magnificencia de los monumentos de la Semana Santa la describe el embajador saboyano, en Beltrami, Roma, 29 s.

tante las fomentó con liberalidad (1). Por qué motivos se guió en ello, se ve por la expresión que dijo, muy característica de sus nobles sentimientos y del tiempo de la restauración católica, de que también el edificar era una especie de limosna (2). La dirección superior de todas las empresas arquitectónicas, aun de las obras de fortificación, la puso en manos del cardenal Felipe Guastavillani (3).

Un número considerable de artistas de toda Italia fué empleado por el Papa. Entre los arquitectos sobresalió Jacobo Viñola, procedente del territorio de Bolonia, el cual por esta causa tenía próximas relaciones con Gregorio XIII (4). Después de su prematura muerte, el romano Jacobo della Porta ocupó el primer lugar. Muy influido por Miguel Angel y Viñola y en extremo fecundo, este maestro en el terreno de la arquitectura forma la transición del estilo del siglo XVI al del XVII. Alcanzó la

(1) Los *Mandati de Gregorio XIII, excepto los de los últimos años se han conservado íntegros en once tomos del *Archivo público de Roma*. En ellos están anotados los desembolsos que el Papa mandó efectuar directamente por el tesorero general, y orientan sobre los artistas y oficiales ocupados inmediatamente por él. La serie de los Registri delle fabbriche, mucho más importante para el arte en tiempo de los Papas posteriores, en el pontificado de Gregorio XIII está formada de un modo muy rudimentario; en el Archivo del Estado se halla únicamente un solo tomo sobre los años 1583-1585, dispuesto sin orden alguno. Mayor papel representan por lo que toca a libros de cuentas de la hacienda pública del tiempo de Gregorio XIII, la serie de los *Registri della Tesorería segreta, conservada completa y sin defecto; mientras aquí se nombran algunos artistas, como Vasari, Lorenzo Sabbatini, Mascherino, Federico Zúccaro y Muziano, se echan menos enteramente otros nombres de artistas. Bertolotti, ha utilizado esta serie, pero sus comunicaciones son también aquí incompletas y nada exactas. El *Archivo secreto pontificio* contiene muy pocos registros del erario pertenecientes al pontificado de Gregorio XIII. Un tomo Diversa Cameralia 1573-1579 sólo trae en lo esencial copia de los Mandati. Desde 1920 todos los libros de cuentas del Archivo del Estado han vuelto al *Archivo secreto pontificio*. Además de los datos que hay en las obras impresas de Ciappi y Baglione, he podido utilizar también para las empresas artísticas de Gregorio XIII dos *apuntamientos desconocidos hasta ahora, que he hallado en el *Archivo Boncompagni de Roma*; son las *Memorie sulle pitture et fabbriche di Gregorio XIII y una *lista de los artistas que él tenía asalariados. A causa de la grande importancia de estos dos documentos, los reproduzco en el núm. 37 del apéndice. Cf. también *ibid.*, núms. 17-31, las *Memorias de Musotti, *Archivo Boncompagni de Roma*.

(2) V. *Corraró*, Relazione, 247; Baglione, 4; Weissbach, 8.

(3) V. la *relación de Bernerio, fechada en Roma a 12 de diciembre de 1573, *Archivo público de Viena*.

(4) Cf. la interesante relación del embajador de Este, de junio de 1572, Arch. stor. dell'Arte, II, 254.